

en los que, si la libertad política de que disfruta la nación permite vivir al plebeyo lo mismo que al lord, las preocupaciones sociales quieren que nadie se trate con el primero si va á habitarlos, considerándosele como un invasor de territorio ageno; hay barrios plebeyos en que ni de balde querría vivir un noble: temería deshonrarse. La ausencia de tiendas es el signo exterior é infalible de la aristocracia de las calles. El duque de Northumberland, cuyo magnífico palacio está situado en la plaza de Trafalgar, á dos pasos del *Strand*, uno de los grandes focos de la actividad mercantil de Londres, es una excepcion que la alta nobleza inglesa califica poco menos que de un escándalo: todo lord que se respete debe vivir por las magestuosas inmediaciones de *Regent's Park*, ó bien en el nuevo y soberbio barrio de *Belgravia*, lo mas lejos posible del bullicio y confusion inseparables del tráfico. La tintura aristocrática que da el vivir en un barrio noble, se paga muy cara: así es* que una casa en *Portland-Place*, por ejemplo, cuesta el doble que otra igual en un barrio plebeyo, exceptuando sin embargo aquellos en que, como en algunos puntos de la *City*, la aglomeracion del comercio da á los terrenos un valor fabuloso. Por regla general, las habitaciones son muy caras en Londres: un forastero no puede alojarse decentemente en una casa de huéspedes á menos de dos libras (unos 200 reales) por semana, que es la manera ordinaria de hacer aqui esta clase de ajustes, advirtiéndose que las mil cosillas que tiene que pagar aparte, como servicio, limpieza de ropa, luces, chimeneas (las hay en todos los cuartos), etc., etc., hacen subir este precio casi á una mitad mas. En cambio está uno tratado perfectamente: en ninguna parte se entiende el bienestar interior tan bien como en Inglaterra. La palabra inglesa (*comfort*), con que se expresa ese perfecto bienestar, no tiene equivalente en ningun pais, y no es extraño, porque en ninguno tampoco existe la *cosa* que con ella se representa.

No hay, pues, molestia para el forastero en Londres, por lo tocante á la habitacion; pero en el punto esencialísimo de la comida, pocos serán aquellos cuyo privilegiado estómago no se rebelen en los primeros dias contra el sistema usual de la alimentacion inglesa; y no en verdad porque ella en sí sea mala, sino por su singularidad. En esto, como en otras muchas cosas, hay que renunciar á seguir las ideas admitidas en nuestros países, desde que uno pisa el suelo inglés. Es entre nosotros frase corriente para expresar que la comida está lista, decir que la *sopa está en la mesa*; las ideas de sopa y de comida son inseparables entre nosotros. Pues bien: en la comida inglesa no hay sopa, ó mas bien lo que aqui se bautiza con este nombre es una *cosa* que si con algo de lo que nosotros usamos tiene analogía, no es con ninguno de nuestros alimentos, sino con los sinapismos. La llamada de *rabo de buey* (*ox-tail*) es una de las mas comunes; consta de pedazos de la susodicha escrescencia nadando en una especie de salsa espesa que de todo tiene menos de caldo, pues segun lo que pica debe componerse de mostaza, guindilla y puntas de agujas; es un verdadero guisote extremeño, que suele tomarse entre comidas á modo de *refresco*, y que se despacha en los cafés y en las pastelerías!! Al vino, que por su gran carestía está reservado á los ricos (el pais no lo produce), reemplaza la cerveza (*porter*), bebida que al principio suele repugnar mucho y á que algunos no logran acostumbrarse nunca, por mas que la haya esquisita, sobre todo la llamada *pale-ale*: los verdaderos aficionados prefe-

ren la fuerte (*stout*), que es negra como la pez y muy espesa. Una comida regular se compone de un plato de pescado cocido, un gran trozo de vaca ó carnero asado, todo ello interpolado con patatas y alguna otra verdura cocida simplemente con agua, y un pedazo de queso de Chester. Hay dos ó tres salsas, generalmente muy picantes, que alternan con la mostaza en el aderezo de estos manjares, siempre los mismos, y hé aqui lo que se ve todos los dias en todas las mesas, salvo en las grandes comidas. Por mi parte, confieso que siempre me ha ido muy bien con este régimen y que lo creo tan bueno como otro cualquiera; pero conozco á infinidad de españoles y americanos que no se hartan de renegar contra la cocina inglesa. La cerveza les revuelve el estómago, la carne asada se les antoja cruda, el *pudding* y los *pies* (que se pronuncia *páis* y significa pasteles) les parecen invenciones diabólicas. Entre estos últimos, los de *ruibarbo* son á su juicio mas bien jaropes de botica que manjares propios de cristianos. Convento sin dificultad en que un gastrónomo que quiera pasarlo bien, no es ciertamente á Londres á donde debe dirigir su apetito, sino á París; pero estoy muy lejos de conceder que la cocina inglesa sea, como pretenden aquellos malcontentos, una digna rival de la de las brujas de Macbeth. En ninguna parte hay carnes mas delicadas ni se asan con igual perfeccion los *chops* (chuletas de carnero).

On mange partout, on ne dine qu'en France, es frase corriente entre los franceses que han viajado mucho. Tan aplicable es esa verdad á nuestra España, que al ir á verter dicha máxima al castellano, me encuentro con que ni siquiera tenemos vocablos con que espresar esa diferencia científico-culinaria entre *manger* y *diner* que constituye su profunda intencion. En España espresamos las dos ideas con el verbo *comer*, que es la traduccion literal de la primera palabra (*manger*); para espresar la segunda, tenemos que valer nos de un rodeo. Sucede aqui lo mismo que en punto al *comfort*, segun dije antes; no tenemos la palabra propia para espresar la idea que con ella se representa, porque no tenemos la *cosa* á que se aplica esa *idea*: las lenguas son el reflejo exacto de las costumbres de una nacion. La lengua inglesa tiene voces propias, como el francés, para espresar la diferencia que hay entre *comer* (*to eat*) en el sentido de satisfacer la necesidad de nutrirnos que nos es comun con los irracionales, y *to dine* (en francés *diner*), que significa *comer á la mesa*, con los refinamientos que la cultura social ha añadido al acto material de matar el hambre. Pero la verdad es que si los ingleses tienen la palabra que espresa esta *idea*, no tienen la *cosa*, y en este punto están todavía mas atrasados que nosotros. Su cocina es incomparablemente mas sencilla, mas pobre, mas primitiva que la nuestra. No han adelantado un paso desde el siglo XII acá; comen como comian sus antepasados los sajones y los normandos del tiempo de la conquista, en calidad y en cantidad. Escusado parece añadir que si no han degenerado en la robustez de su apetito, tampoco han venido á menos en su afición á empinar el codo,—los ricos con nuestro esquisito Jerez, verdadero rey de los vinos, que liban con una especie de beatitud parecida á la devocion,—los pobres con *porter* que, segun el ritual inglés, debe beberse en el mismo jarro en que se sirve,—otra reliquia de las tradiciones sajonas, si ya no es que se remonta á la época dinamarquesa ó al tiempo de los romanos. Inglaterra es el pais del respeto á los antiguos usos.

El lector sóbrio me perdonará estos pormenores materialistas, á que sin embargo era preciso descender para completar el cuadro de la vida en Londres: por mucho que queramos espiritualizarnos, siempre el comer y el beber han de ser necesidades fatales con que es preciso contar; no hay remedio. Pero pasemos á mas ameno asunto, aunque de menos sustancia. *Paulo majora canamus.*

XXII.

Londres, abril, 1836.

Dominado el primer aturdimiento que la grandeza, el ruido y la actividad de esta poblacion producen siempre en el recién llegado á ella (aun cuando ya la conozca de antiguo), y apenas logra uno prescindir un poco del conjunto para descender á los pormenores, cinco cosas llaman desde luego la atencion en las calles de Londres, á saber: la hermosura incomparable de muchas mugeres y de casi todos los niños, el aspecto lúgubre de las casas, la seriedad de los hombres, el tamaño enorme de los caballos y la fealdad horrible de las viejas. Decia lord Byron que la raza inglesa es la aristocracia del género humano; no sé quién ha dicho (Shakspeare si mal no recuerdo) que la Inglaterra es como un nido de cisnes en medio de los mares; y es por último opinion corriente entre los etimologistas y anticuarios que su nombre actual viene á significar la *ista de los ángeles*; pero téngase por cierto que, ninguna de estas doctas explicaciones, ó si se quiere, graciosas figuras retóricas, habla con las viejas del país, que parecen verdaderas furias, sobre todo cuando les da por escotarse y hacerse las entusiastas. Sin merecer la patriótica hipérbole de lord Byron, la raza inglesa es sin duda hermosa. Altos, robustos, aunque bastante desgarrados, los hombres tienen en general un aspecto grave y noble, á que contribuye mucho lo muy derechos que se tienen y el sumo aseó con que visten: en toda su persona respira además un vivo sentimiento de la propia dignidad que (sea dicho sin ofender á nadie), solo en Inglaterra se encuentra, á lo menos en tan alto grado. Pasan por muy bruscos, por poco amigos de los extranjeros y por muy estrafalarios; creo que en efecto merecen estas tres calificaciones, pero aun prescindiendo de lo mucho que se exagera en este punto, estoy muy lejos de tomarlas en mala parte, como generalmente se toman. Cada uno habla de la feria como le va en ella: yo de mí sé decir que he tratado á muchos ingleses, y que no he visto en ellos hostilidad ni aun desvío; al contrario, los he encontrado afables, obsequiosos, serviciales. En un país en que hay un refrán que dice *the time is money* (el tiempo es dinero), y en que este refrán es verdad, la amabilidad de los hombres no puede revestir las mismas formas *holgazanas* que en el nuestro, por ejemplo, donde la frase característica de *vamos á matar el tiempo*, demuestra que este no vale nada en la opinion comun, y que antes bien se le mira como á un enemigo: así un inglés no le hará á uno visitas de dos horas, ni le acompañará á paseo todas las tardes; pero en cambio, cuando empeña una palabra, puede contarse con ella: cuando hace una oferta, se puede estar seguro de que es cordial. Yo creo que esta es la verdadera amabilidad. La amabilidad, como generalmente se entiende, es la *moneda falsa* de la bondad. Se dice también general-

mente que las casas inglesas son fortalezas inexpugnables para el forastero; que las familias viven en un aislamiento absoluto, y que hay un rigorismo absurdo en la etiqueta; en todo esto hay algo de verdad, pero muy poco. Por lo mismo que en general los ingleses son muy formales, no prodigan su confianza á la ligera, y de aquí el que no admitan en el interior de su hogar doméstico mas que á las personas á quienes conocen muy bien; pero una vez conocidas, las admiten con la mayor benevolencia. Lo de que las familias viven en el mayor aislamiento carece de toda verdad; y eso que llamamos rigorismo de la etiqueta no es mas, bien mirado, que una muestra del mútuo respeto que se tienen las gentes, consecuencia natural del que á sí mismas se profesan, y sin el cual no puede haber *dignidad*, y hasta es muy difícil que pueda haber *virtud*.

Todos convienen en que las familias inglesas, señaladamente en las clases medias, son acabados modelos de buenas costumbres. Una de las peculiaridades de estas es la extremada libertad de que gozan las mugeres solteras y que no alcanza á las casadas, á diferencia de lo que se practica en nuestros países, no sé si con mejor ó peor consejo; me inclino á esto último. Basta el buen sentido para conocer que mas natural es que disfrute del mundo (en los límites de lo lícito, por de contado), una muger exenta de obligaciones, que no la que ha aceptado al pie de los altares el sagrado depósito del honor y la felicidad de una familia. Responde á esto algunos que nuestro *clima* no consiente que se dé libertad á las mugeres solteras, pero yo creo que si esa razon valiera, seria igualmente aplicable, y con mayor motivo, á las casadas. Mas dejemos esta materia sobradamente resbaladiza y limitémonos á consignar el hecho de que las costumbres inglesas, muy puras en las clases medias, no lo son tanto en las bajas, y lo son todavía menos en las altas. Tal es á lo menos la opinion que, á lo que he observado, predomina en el país. Justo es sin embargo añadir que en la aristocracia de la sangre, en las grandes familias de la nobleza antigua, radican, entre otras muchas virtudes hereditarias, un patriotismo y una ilustración que hacen de esa *clase privilegiada* el mas firme baluarte de las libertades públicas.

XXIII.

Con muy contadas escepciones, cada familia ocupa en Londres una casa entera. Estas, construidas con arreglo á un tipo casi universal, se componen de tres pisos sobre el nivel de la calle, y otro subterráneo ocupado por la cocina y sus dependencias. En el piso bajo se encuentran el comedor y una pequeña sala llamada *parlour*: el principal está ocupado por las piezas de recibo; en el segundo están los cuartos de dormir de los amos, en los que jamás pone los pies persona alguna extraña á la familia, ni aun las de mayor confianza; y en el tercero están los cuartos de los criados y el departamento especialmente consagrado á los niños pequeños, á que se da el nombre de *nursery*. Un estrecho foso, rodeado de una verja de hierro, separa la casa de la calle: la puerta que da á esta, angosta, no muy alta y de una madera bien pulimentada, permanece constantemente cerrada, salvo cuando se abre para dar paso á las personas que entran ó salen; por manera que el portal ó zagnan,

y la escalera, depósito frecuentemente en nuestras casas de toda clase de suciedades, son en las de Londres, como los hermosos patios de Andalucía, verdaderas piezas de paso; en las casas de los ricos están elegantemente decoradas con estatuas y flores, de que hay aquí maravillosa abundancia. Muy raras son las que no están alfombradas desde la puerta misma de la calle hasta las guardillas, cosa que en nuestras casas de vecindad, donde el zaguán y la escalera son un terreno neutro, abierto á todo el mundo, no es posible. Ya en París, sin embargo, se va generalizando la costumbre de alfombrar las escaleras, aun en las casas de muchos vecinos, lujo en verdad poco racional: tanto valdria alfombrar las aceras de las calles.

Otra cosa llama grandemente la atencion en estas, y es la uniformidad de traje entre pobres y ricos de ambos sexos, anomalía chocante y que no me explico en un pueblo dotado de tan buen sentido como el inglés. Ver á una muger barriendo las calles con sombrero de plumas, chal y vestido de baile; ver á un mendigo pedirle á uno limosna con frac negro, y á un carnicero llevar al hombro un enorme tasajo de vaca cruda, con levita y sombrero de copa alta, son espectáculos á que es difícil acostumbrarse. Falta en la sociedad inglesa, á lo menos en las ciudades, un traje popular; los pobres se visten aquí con los despojos de los ricos, y es en verdad cosa risible y aflictiva al mismo tiempo el contraste entre unas clases y otras, aunque todas vestidas con los mismos trajes, solo que limpios y nuevos en la gente acomodada, viejísimos, llenos de girones y de los mas extravagantes solecismos de *toilette*, en la gente pobre. No es raro encontrarse dando tumbos por delante de las ricas tiendas de *Oxford Street*, alguna ninfa borracha con vestido de seda y sin zapatos: por supuesto que el tal vestido ha sido evidentemente pescado con un gancho en algun basurero, despues de haber figurado meses antes en los salones del palacio real de Buckingham ó de Windsor.

XXIV.

Para completar el bosquejo (nada mas que el pálido bosquejo) de la fisonomía moral de Londres, que es lo que me propongo en estos apuntes, réstame recordar un rasgo muy característico de la sociedad inglesa, y es el aspecto singular que adquieren todas sus poblaciones, en especial Londres, los domingos. El puritanismo inglés ha tomado al pié de la letra el precepto del reposo dominical, y esta ciudad en tales días parece un cementerio: todas las tiendas están herméticamente cerradas, cesa casi por completo el movimiento de carruajes y de transeúntes por las calles; y ni es lícito tocar un piano ni reírse de una manera bulliciosa. El pueblo inglés, siempre de suyo muy taciturno, lo es doblemente los domingos: cada vecino de Londres se convierte por veinticuatro horas en fraile trapense ó en viva imágen del *Convidado de piedra*.

Comparados con los de París y con los nuestros, los teatros de Londres valen poco: si se exceptúa el llamado *de la Reina*, destinado á la ópera italiana, que aquí (para que todo sea á la inversa de lo que pasa en otras partes) se abre en los meses de verano, llamados por excelencia la estacion (*the Season*), no corresponden á la magnificencia de esta gran capital. Tienen los ingleses excelentes actores, sobre todo en el género trágico;

el mas afamado hoy es Carlos Kean, digno heredero de la gloria artística de su ilustre padre, cuya vida llena de tempestades da asunto á uno de los mas interesantes dramas de Alejandro Dumas (*Kean ó Genio y desórden*). Lo mismo que el nuestro, y que la mayor parte de los teatros de Europa, el inglés vive hoy casi exclusivamente de traducciones de la escena francesa.

Otra singularidad inglesa recuerdo ahora: los periódicos aquí no tienen suscritores, como en todas partes, sino compradores ó mas bien alquiladores. Mediante la retribucion de uno ó dos peniques se alquila el que se quiere por unas cuantas horas. Este raro método de publicacion no obsta para que los periódicos de Londres sean los mas leídos del mundo. La tirada diaria del *Times* es de sobre 20,000 ejemplares, y como las dimensiones de este periódico son las de una pequeña sábana, por lo que puede decirse que equivale, cuando ménos, á seis de los nuestros, resulta que entre todos los que se publican en Madrid no gastan ni la mitad de papel ni la cuarta parte de letra que el *Times* solo.

EUGENIO DE OCHOA.

(Se continuara)

RECUERDOS DE CHILE.

I.

EL VOLCAN DE ANTUCO.

El volcan de Antuco ó de Antujo que Balbi se contenta con llamar así alterando su nombre, se eleva en la provincia de la Concepcion y está bañado en la mitad de su alrededor por el pintoresco lago de la Laja, de donde se escapa el río á la cascada. Este volcan está siempre en actividad. De cuarto de hora en cuarto de hora lanza columnas de humo mas ó menos espeso y deja oír tan formidables detonaciones que su estruendo se estiende y propaga á mas de doce leguas á la redonda. Desde 1812 casi no ha arrojado ninguna especie de lavas: pero por el exámen de las escorias que se ven sobre sus costados, se puede formar una idea de su fuerza y de su actividad en los tiempos antiguos. Una porcion de la montaña cubierta de cenizas y casi estéril sirve de refugio á rebaños de guanacos silvestres: la parte Oeste, al contrario, bañada casi enteramente por el lago está revestida de una magnífica vegetacion.

Si se reúnen á este espléndido verdor, rocas de pintorescas formas, fragmentos basálticos que se presentan bajo los mas estraños aspectos se tendrá una idea de lo vario y grandioso del conjunto del paisaje de las montañas. La forma cónica del volcan, su disposicion muy escarpada lo habian hecho inaccesible hasta estos últimos tiempos. Todas las tentativas hechas hasta ahora para trepar á su cumbre habian sido inútiles, hasta que el sábio naturalista Poeppig consiguió subir á ella en 1829.

Algunos años mas tarde, Mr. Claudio Gay la escaló con infinitos trabajos y logró subir á la cima acompañado de sus tres criados, de los que el uno era francés y los otros

dos chilenos. El cráter á cuyo fondo bajó el atrevido viajero, presenta una grande profundidad, afectando la forma de una inmensa salvilla sembrada de muchos agujeros, cuya profundidad no ha sido todavía sondeada. Por todas partes y sobre toda su estension se ven grandes bancos de nieve. El volcan propiamente dicho ó la chimenea se halla al Este de esta profundidad; y en el momento en que los nuevos exploradores lo observaban desde muy cerca estalló de repente una erupcion de gas con una terrible y espantosa detonacion, en términos que los criados del intrépido viajero que no tenían el entusiasmo y el interés de la ciencia, echaron á correr despavoridos con la mayor precipita-

cion. Por las observaciones barométricas hechas en el cráter por Mr. Claudio Gay, resulta que el volcan está á una altura de 9,818 metros sobre el nivel del mar. Como todos los volcanes de Chile, el Antuco se halla al Oeste de la cima de las Cordilleras.

II.

EL SALTO DE LA LAJA.

Retirado á Bolonia donde debia proseguir pacíficamente su carrera por mas de ochenta años el jesuita Padre Juan



El volcan de Antuco.

de Molina, no podia separar de sus recuerdos la bella region de la América donde habia nacido el 24 de junio de 1740. Allí habia entrado en los jesuitas y venido á Europa, cuando la espulsion de éstos y la abolicion de su orden. La muerte de un sobrino suyo le habia hecho heredero y poseedor de una inmensa fortuna que disfrutó hasta su muerte en Bolonia en 1831. El ilustrado jesuita, involuntariamente por decirlo así, hallaba los puntos de semejanza mas notables entre su patria real y su patria adoptiva: «Creo poder comparar con razon, decia, Chile á la Italia: así como ésta lleva el nombre de jardin de la Europa, así aquel con

»mas justo título merece el nombre de jardin de la América Meridional. El clima de estos dos paises es casi el mismo y sus grados de latitud tienen muchas relaciones entre sí. Se parecen ademas, en otro punto, y es en que estos dos paises se estienden mas á lo largo que á lo ancho, y que los dos están divididos por una cadena de montañas. Las Cordilleras ó los Andes son á Chile lo que los Apeninos son para la Italia, el manantial de casi todos los rios que riegan el pais y que por todas partes les llevan la fertilidad y la abundancia.»

Molina ha sido por largo tiempo la única autoridad que

se podía invocar al tratar de dar á conocer la geografía y la historia natural de Chile. Apenas ha pasado medio siglo desde que escribía el Padre Molina, y ya su libro tan lleno de juiciosas observaciones está completamente borrado por la vasta publicación de Claudio Gay. Es preciso confesarlo, el sábio jesuita chileno, consignaba pacíficamente en Bolognia en su gabinete, lo que le sugerian los recuerdos de su juventud y las observaciones de algunos compatriotas

suyos; mientras que el sábio naturalista francés ha consagrado doce años enteros en trepar por las montañas de aquel hermoso país, en subir al nacimiento de sus ríos, en pasar sus cascadas. En vano sería buscar en otra parte mas que en su libro descripciones exactas y verídicas de este país.

El río de la Laja, nos dice, es uno de los mas grandes afluentes del río Biobío: toma su nacimiento del lago del



El Salto de la Laja.

mismo nombre, situado al pie del volcán de Antuco. Después de correr como un torrente de diez á quince leguas, atraviesa la llanura de los Angeles, y un poco antes de reunirse al río de que es tributario, se precipita en toda su anchura en una cascada que es muy célebre en toda la comarca bajo el nombre de *Salto de la Laja*.

Un poco mas arriba de esta caída se halla otra segunda, casi de la misma estension, que mide como la primera, una altura de seis á ocho metros. Aunque el río presenta en su curso muchos vados, el del Salto por ser mas fácil y menos peligroso que los otros, es el que naturalmente prefieren los habitantes del país. A pesar de su imponente

aspecto, el Salto forma en realidad parte del gran camino que une los Angeles á Chillan, y por consiguiente á Santiago, capital de Chile. La vecindad de esta caída con las fronteras de la Araucanía la habia hecho célebre en otro tiempo, sobre todo, durante las guerras que el gobierno español, dueño en no muy remota época de aquellas vastas posesiones, tuvo que sostener contra los indios. El gran poeta Ercilla describe algunos de estos combates en su célebre poema épico la *Araucana*. En mas de una ocasión el salto de la Laja fué un paso fuertemente disputado por los combatientes. Para asegurar su posesion en tiempo de la dominación española se habia construido allí un fuerte. La perfecta tranquilidad que goza el país hace mucho tiempo por parte del territorio araucano, ha sido causa de que por no haberse reparado aquel fuerte ni por los españoles en su tiempo, ni por los independientes de Chile, haya desaparecido completamente aquella construcción estratégica.

La vista del *volcan de Antuco* y la del *Salto de la Laja*, que damos á nuestros lectores del Museo han sido copiadas del natural, por Claudio Gay, habiendo escogido para la del volcan el momento en que estando observándolo se verificó la erupcion de gas, que le puso en precipitada fuga con no poco riesgo de su vida.

FACUNDO MIGUEZ.

SINÓNIMOS CASTELLANOS.

CERCANO, INMEDIATO, PRÓXIMO.

Son *inmediatas* dos cosas, como la etimología de esta voz claramente lo denota, cuando se tocan ó poco ménos: son *próximas* cuando están muy *cercanas*. Chamberí está *inmediato* á Madrid porque las casas de uno y otro vecindario son casi contiguas, y en el mismo caso se hallan, uno respecto del otro, los dos Carabancheles: el de abajo está *próximo* á la Corte porque entre este pueblo y Madrid no hay otro y es corta la distancia. Pero alguna vez son sinónimos los dos vocablos. Por ejemplo, estando en el mes de Abril y hablando del siguiente, se puede decir Mayo *próximo* ó Mayo *inmediato* porque entre los dos hay á la vez *proximidad* é *inmediación*. No así refiriéndonos á Junio, que respecto de Abril le llamamos *próximo*, no tanto por la poca distancia entre ambos en el orden cronológico, cuanto porque mentalmente lo comparamos con otros juicios posteriores; pero no le podemos llamar *inmediato*, hablando con propiedad, porque á Abril y Junio se interpone Mayo. No obstante, el uso ha querido que al referirnos al mes de Marzo, estando en Abril, se diga *próximo pasado*, y no *inmediato pasado*, aunque sea ambas cosas á la par; y es porque el mismo uso repugna tambien, y es bueno advertirlo, el aplicar la calificación de *inmediato* á lo que ya ha pasado, aunque sea recientemente.

Entre *cercano* y *próximo* es aún más marcada la diferencia. Basta que una cosa, relativamente á otras, no esté lejos de aquella á que se refiere, para llamarla *cercana*;

para decir que es ó está *próxima*, se necesita, como ya hemos dicho, que sea ó esté poco ménos que *inmediata*. Se puede decir, que Alcobendas es pueblo *cercano* al de Madrid, no *próximo*, porque entre los dos está situado Fuen-carral.

Á propósito de parientes y parentesco, se puede usar así de uno de estos dos adjetivos como del otro; pariente *inmediato*, nunca ó muy rara vez se dice.

CERTEZA, CERTIDUMBRE.

La *certeza* está en el hecho que es *cierto*, probado, verdadero; la *certidumbre*, en el convencimiento, en la seguridad que tenemos de la *certeza* del hecho. La *certeza* alcanza á lo material y á lo moral, y sólo á esto último la *certidumbre*. Hay *certeza* en la alternada sucesion de días y noches, y adquirimos la *certidumbre* de que así es viendola esta constante alternativa.

De ambas dicciones nos podemos servir para expresar que nos consta tal ó cual cosa: de la primera, dando á entender que es verdad averiguada; de la segunda, significando que estamos íntimamente peneirados de la misma verdad. Podemos decir: «Tengo *certeza*, ó tengo *certidumbre* de que murió Fulano, pues le ví enterrar; el hecho es *cierto* en sí, y yo estoy *cierto* de él por haberlo presenciado»; pero, hablando con la debida exactitud, no podemos responder de la *certidumbre* del entierro.

CETRO, CORONA.

Estas dos voces, que en su más recta significacion no tienen entre sí sinonimia alguna, la tienen muchas veces cuando simbolizan la autoridad de los reyes y otros príncipes soberanos. Para significar que alguno reina, lo mismo es decir empuña el *cetro*, que se ciñe la *corona*; ha heredado el *cetro*, que ha heredado la *corona* de Recaredo, y del que voluntariamente depone el mando supremo puede igualmente decirse que abdica la *corona* ó que abdica el *cetro*. *Corona*, sin embargo, en esta acepción figurada, alude de un modo absoluto á la alta gerarquía del que la obtiene, y *cetro* al ejercicio de la soberanía, como ya lo indica el colocarse aquella en la cabeza y éste en la mano.

Bajo el nombre de *corona*, como la *gótica* de Saavedra, comprendemos los fastos de una raza, una dinastía ó una serie de reyes; con el de *cetro* explicamos la gloria ó la infamia de su nombre. El *cetro* de San Fernando sometió á las armas castellanas los alcázares de Córdoba y Sevilla; bajo el *cetro* de Isabel la Católica llegó España al apogeo del poder y de la fama; el de los últimos reyes austriacos fué por demas impotente y desastroso.

Corona significa asimismo el territorio donde imperan ó han imperado los monarcas, y en este sentido decimos la *corona* y no el *cetro* de Aragon.

Hubo un tiempo en que, como al de las testas coronadas, se llamó *cetro* al baston de un capitán general; pero, fuera de esta variante, ya en desuso, no tiene ni ha tenido otra la significacion de *cetro*, y á la de *corona* se da gran latitud, pues así llamamos á la tonsura de los sacerdotes, y decimos tambien la *corona* de la virtud, la del martirio, etc. etc.

CISURA, CORTADURA, INCISION, SAJADURA.

Conviene todos estos nombres en significar la division ó separacion, ya parcial, ya total, de un cuerpo continuo: se diferencian en que la *cortadura* es á veces casual, ó no hecha de intento, condicion precisa de la *cisura*, la *incision* y la *sajadura*. Se distinguen entre sí estas tres voces, en que por *cisura* se entiende generalmente una leve solucion de continuidad, como la que hace con la lanceta el sangrador, por *incision* una *cortadura* de más extension y profundidad, y por *sajadura* otra, más larga tambien que la *cisura*, pero más superficial que la *incision*. Los tres términos son propiamente de cirugía, y sólo aplicables *cisura* y *sajadura* al cuerpo del hombre ó animal que para su curacion ha menester tan sangrientas operaciones, ó sobre el cual, ya cadáver, se hacen disecciones: la *incision* es igualmente adaptable á los árboles, ya para los ingertos, ya para otros fines. Por tanto, no pueden llamarse *cisuras*, ni *sajaduras* ni *incisiones*, aunque una ú otra de estas formas reciban, las lesiones que infliere mano airada, ó que sobrevienen, ora fortuitamente, ora por imprudencia del individuo lastimado, sino *cortaduras* cuando leves, heridas cuando graves. La *cortadura*, además, extiende su accion á otros cuerpos inorgánicos, como un puente, un camino, etc.

CÍVICO, CIVIL, URBANO.

Contraida principalmente la voz *cívico* á expresar, en mayor ó menor grado, el amor patrio, se diferencia de *civil* en que ésta, excluyendo dicho concepto, se extiende á significar unas veces (y es su acepcion más usual) la masa de habitantes que no pertenecen á clases y profesiones determinadas, como la nobleza donde forma cuerpo separado con atribuciones y privilegios especiales, el clero, la milicia; otras, lo litigioso en punto á intereses, para diferenciarlo de lo criminal; otras, en fin, todo lo que es secular en contraposicion á lo eclesiástico.

La palabra *urbano*, en su más recto sentido, se aplica sólo á cosas materiales y que únicamente se relacionan con la propiedad, la estadística, la buena administracion, como predio *urbano* para distinguirlo del rústico, policia *urbana*.

Civil, que en otro tiempo, y no distante del nuestro arribo de siglo y medio, queria decir *grosero*, *vulgar*, *villano*, se usa hoy, aunque no tanto como *urbano*, en significacion opuesta, esto es, en la de ser una persona bien criada, atenta, fina, obsequiosa. No alcanza al adjetivo *cívico* esta última acepcion ni cosa que se le aproxima: nadie para alabar la cortesía y sociabilidad de un sujeto le califica de *cívico*. Por el contrario, á propósito de ciertas cualidades no impuestas por otra ley que las de la honradez y el patriotismo, del término *cívico*, no del otro, nos valemós; la historia romana no nos habla de coronas *cíviles*, sino de las *cívicas*; virtud *cívica*, valor *cívico*, no *civil*, llamaremos al del magistrado que, en defensa y cumplimiento de las leyes, arrostra desarmado persecuciones, peligros, la muerte misma. Va de una voz á otra lo que de *civismo* á *civilidad* y á *civilización*.

En una sola aplicacion han venido á expresar lo mismo, aunque en épocas distintas, las dicciones *cívico* y *urbano*,

en la de designar con ellas ciertas milicias, ora más ó menos voluntarias y gratuitas, ora asalariadas, cuyo único objeto ha sido (del de *reglamento* hablamos) mantener el orden dentro de las poblaciones, ó perseguir en despoblado á ladrones, contrabandistas y otras gentes de mal vivir; fuerzas que principal, aunque no absolutamente, dependen ó han dependido de la autoridad *civil*. Á los milicianos de esta especie, no asalariados, ha solido la política designar con los mismos nombres de *cívicos* ó *urbanos*, ó por fútil deseo de innovar, ó por huir de darles (mal pecado!) el nombre de *nacionales*, que es el que por más tiempo ha prevalecido. Á los otros, ó digamos á los pagados, y sujetos por lo mismo á mayor disciplina y á la consiguiente responsabilidad, se les ha titulado tambien (además de *urbanos* ó *cívicos*) *municipales*, *salvaguardias*, y no recordamos si algo más, aparte de otras denominaciones provinciales, como *miñones*, *miqueletes*, *parrots*, etc.; que en esto se anda siempre vacilando sin plausible razon, y aún más en acabar de llamar de oficio y paladinamente *policia* á la que *lo es* y todo el mundo señala así. Si la institucion existe, y ningún gobierno que tal nombre merezca puede prescindir de ella, ¿á qué sustituir un nombre tan propio y significativo con los de *Seguridad* y *Vigilancia* ú otros circunloquios semejantes? El cuerpo de esta índole más numeroso en España, y tan respetable por su excelente organizacion como por sus relevantes virtudes y servicios, es el que, á semejanza de los *gendarmes* franceses, y con el nombre de *Guardia civil*, creó hace algunos años el Gobierno bajo la direccion acertadísima del duque de Ahumada.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

JULIO ROMANO.

Julio Romano, cuyo verdadero nombre es Julio Pippi, nació en Roma en 1492. Nada se sabe de sus principios, ni de su familia; pero debe creerse que era de clase acomodada, porque desde su infancia recibió una buena educacion, é hizo un grande estudio de las medallas y de las antigüedades.

Nueve años mas jóven que Rafael, debió de entrar casi niño en su escuela, porque á la edad de veinte años le vemos presentarse al lado de Sanzio, discípulo docil todavía, empero ya maestro consumado. Dotado de un genio ardiente, y de una imaginacion fecunda, bien pronto Julio sobrepusó á todos sus condiscípulos; y no teniendo mas maestro que Rafael no tarda este en utilizar su talento para que le ayude en la ejecucion de los importantes trabajos que le habia confiado en el Vaticano Leon X. Rafael encargado de decorar las galerías abiertas de aquel palacio de los papas llamadas *Las Lojias*, despues de haber dado á sus discípulos, á cuya cabeza se hallaba Julio, una especie de modelo de su estilo en el fresco de *la Creacion del mundo*, en donde representa al Padre Eterno separando el caos, encarga á estos la ejecucion de las demas pinturas de la galería. De las trece pequeñas cúpulas en que terminan los arcos, y que encierra cada una cuatro asuntos; la pri-

mera, la segunda, y la décima tercera tocaron á Julio Romano; siendo de notar que entre tantos colaboradores ilustres, solo él fué admitido á pintar en las dos cúpulas donde había puesto su mano el gran maestro. Rafael, en efecto, en aquella maravillosa serie de composiciones pintó él mismo la primera, que es la *Creacion del mundo*, y la última que es la *Cena*, como para abrir y cerrar la triunfante marcha de su ejército de pintores. Todos los demás cuadros fueron ejecutados por los dibujos de Rafael; y así Julio Romano, Francisco Penni, Pelegrino de Módena, no hicieron mas que el papel de ejecutores. Julio Romano, el mas activo de los colaboradores de Rafael, no solamente pintaba al fresco por sus dibujos, sino que tal vez no hay un cuadro al óleo firmado por aquel grande hombre y reconocido por ser suyo, del que no haya hecho el boceto Julio Romano, y en el que no se conozcan al mismo tiempo los toques ligeros de Rafael. Esta observacion puede hacerse muy principalmente en el célebre cuadro de la *Santa Familia*, que fué comprado por Francisco I, siendo por mucho tiempo el ornamento del palacio de Fontainebleau.

A la muerte de Rafael, arrebatado en la flor de su edad á las artes y á la gloria, instituye por los herederos de su gran fortuna á dos de sus discípulos, á Julio Romano, y á Francisco Penni, que habia sido el intendente ó mayordomo de su casa, y á quien por esta razon se le ha conservado el nombre de *Il Fattore*. El gran pintor, que se formaba una familia de sus dos mas sábios discípulos, al abandonarles con la existencia de su genio la fortuna que habia sabido adquirir con su ayuda, les legó tambien el cuidado de terminar las obras que habia dejado sin concluir, pero cuyos dibujos habia ya trazado. Desde entonces Julio Romano quedó por gefe de la escuela romana, y con la ayuda de Francisco Penni, *Il Fattore*, concluyó los trabajos que habia comenzado su maestro en tiempo del gran Leon X.

En 1523 fué encargado por el cardenal Julio de Médicis de pintar en la sala de Constantino los grandes frescos de que Rafael habia dejado los dibujos. Hizo los que representan la arenga de Constantino á su ejército, cuando apareció en los aires el *Labarum* divino, y la batalla en que Constantino quedó victorioso de Majencio en las orillas del Tiber.

Hasta aquella época Julio Romano no habia sido considerado sino como un discípulo hábil de un maestro mas hábil todavia; empero hizo entonces ver que podia caminar sin guia, y si perdió un poco de la gracia que Rafael poseia en tan alto grado, no dejaba por eso de ser grande, noble, magestuoso, y profundo en su composicion como en su estilo.

La muerte del papa Clemente VIII, hizo colocar en la silla de San Pedro al holandés Adriano VI, sacerdote austero, enemigo de los adornos mundanos de la religion, hostil á las artes, y únicamente ocupado en rechazar á Soliman, que sitiaba á Rodas, y á Lutero que sitiaba á la Iglesia católica. Creyéronse los artistas perdidos, y se preparaban ya, entre otros Julio Romano, á abandonar á Roma, cuando muere Adriano VI, antes de espirar el año de su elevacion al pontificado, y da lugar á la eleccion del citado cardenal Julio de Médicis, que toma el nombre de Clemente VIII.

Todo cambió entonces de faz; volvieron las artes á renacer, y los herederos de Rafael fueron llamados á Roma para continuar las pinturas del Vaticano. Pintó Julio Ro-

mano muchas vírgenes para diversos conventos, y un cuadro de la *Flagelacion de Jesucristo* para la iglesia de Santa Práxedes. Su obra maestra es un *Martirio de San Estéban* que hizo para Mateo Ghiberti, datario del papa. Colocado en un principio en Génova en el altar mayor de la iglesia de los frailes del Monte Olivete, este cuadro fué regalado por la ciudad de Génova al gobierno francés; y despues rescatado en la paz de 1814, ha vuelto á aquella ciudad, donde es la admiracion y la maravilla de cuantos van á visitarle hoy día.

La fama de Julio Romano tomó tal vuelo, que se le conocia en todo el mundo no solo como uno de los primeros pintores, sino tambien como un acabado y perfecto arquitecto. Así es que Federico Gonzaga, entonces marqués de Mantua, le eligió para dirigir los grandes trabajos de arquitectura que proyectaba. Federico se dirigió á su embajador Baltasar de Castiglioni para que le enviase, no un pintor ó un arquitecto cualquiera de los que mas brillaban en aquella época de las artes y del renacimiento en Roma, sino á Julio Romano, al discípulo querido de Rafael; y este grande artista no consintió en marchar á Mantua sino despues de haber obtenido el permiso del papa. Supónese que consintió en abandonar la capital del mundo cristiano para dirigirse al lado del príncipe de Mantua, por evitar la desgracia en que habia incurrido con el papa, á causa de haber, segun cuentan, en nuestro concepto con poco fundamento, la mayor parte de sus biógrafos, pintado unas figuras obscenas destinadas á acompañar ciertos sonetos del Aretino, pinturas que habian sido grabadas por Marco Antonio, y que no atreviéndose el papa á castigar al poeta cuya pluma temia, ni al pintor que se le escapaba, habia hecho poner preso al artista que habia prestado su buril á la reproduccion de tan licenciosos dibujos. Todas estas aserciones carecen de pruebas, y antes de repetirlas hubieran debido los escritores reflexionar, que si en efecto existieron veinte grabados de semejante naturaleza, cualesquiera que fuesen los cuidados y el celo que se hubiese puesto en destruir semejantes estampas, hubiera sido imposible que no se escapasen algunas pruebas, las cuales hubieran parecido despues. Las investigaciones de varios artistas, el examen de varios gabinetes y bibliotecas, como las de Munich, Viena, Dresde y Leipsick, en que nada se ha visto ni encontrado de ese género que racionalmente pueda ser atribuido ni á Julio Romano ni á Marco Antonio, dan á conocer que no tiene fundamento ninguno esta asercion de los historiadores. Hay algunos aficionados sin embargo, que pretenden que han existido esas estampas, de las que han visto calcos; pero insistiendo en esto concluyen por decir, que los calcos que han visto han sido hechos sobre otros calcos, y no sobre grabados de Marco Antonio. ¿A qué fin, pues, tratar de acreditar una anecdota que nada tiene de honrosa para los que hubiesen dado lugar á ella, cuando sobre todo no se encuentra ninguna huella positiva del delito de que se les acusa?

Así es que la salida de Roma de Julio Romano para Mantua no debe de atribuirse á este motivo poco honroso, sino al gran deseo que tenia Federico de erigir un palacio á tiro de ballesta de la puerta de San Bastiano de Mantua, en un sitio llamado el *Te*, colocado en medio de una pradera en donde el marqués tenia sus caballerizas. En aquel sitio levantó el artista un palacio; y como no tenia piedras de si-